

domésticos y extraños; aunque tambien es cierto se hallaba incomodado con frecuencia por las quejas de poca importancia que se le hacian, pidiéndole tomase parte, y los defendiese. La justa razon con que se negaba, cuando se le queria comprometer por causas leves, era el motivo de acusarle de altanería propia de noble, de muy descuidado por ser rico, y por darse demasiado á la casa y á la hospitalidad feudal; lo que decian le impedía salir al frente con toda la prontitud que la hermosa ciudad de Perth deseaba. Mas á pesar de todo lo que de él se quiera murmurar, siempre que la ciudad de Perth se hallaba en justa necesidad de su apoyo, en cualquier alarma seria, los ciudadanos ya estaban bien acostumbrados á reunirse con su preboste, y este mismo los apoyaba y defendia con su talento y el valor de su brazo.

CAPITULO VIII.

Van los Johnstones á caballo
Entre las orillas del Annandalo;
Han estado allí mil años
Y aun estarán otros tantos.

Balata antigua.

Pues que ya tenemos, por lo dicho en el capítulo anterior, una noticia suficiente aunque sucinta del carácter del preboste de Perth, debemos ir á la puerta del Oriente, donde hallaremos reunida la diputacion, que á nombre de la ciudad debia presentar la queja, y pedir

á este funcionario la hiciera valer ante quien y en la forma que mas conviniere.

El primero que llegó al puesto señalado fué Simon Glover, montado en un caballo muy tranquilo, otras veces mas favorecido con carga mas bella y menos pesada, la de su hija encantadora. Estaba embozado en la capa, sea para dar á entender á sus amigos no debian interrumpirle con preguntas por el camino, y principalmente por las calles, ó sea para defenderse contra el frio que hacia. Se manifestaba en su rostro una especie de inquietud, que iba creciendo á proporcion de como reflexionaba el negocio en que se veia; sea porque cada vez le parecia mas espinoso. No saludó de otro modo á sus amigos, cuando llegaron, que con un gesto agradable; pero sin hablar palabra.

Un vigoroso caballo negro de la raza antigua de Galloway * de poca talla, no teniendo mas

* Los *Galloways*, ó caballos del condado de Galloway, son, segun dicen, de raza española ó morisca; son chicos, fogosos y fuertes, generalmente pardos con una raya negra en el lomo.

que catorce palmas, pero altas las espaldas, y los miembros robustos bien cortados, trajo el valiente armero á la puerta del Oriente. Cualquiera inteligente hubiera visto en los ojos del animal una chispa que nunca falta á un caballo vigoroso, como el signo del vicio y de la mejor disposicion para llevar la fatiga; pero el peso del caballero, su diestro manejo y el modo de montar, junto con el ejercicio del dia precedente para concluir un largo viage, habian ya domado la bravura del potro: venia con el respetable gorrero, hombre como ya se dijo muy pequeño y gordo, que parecia una bola encarnada, — porque estaba embozado en una capa de escarlata, sobre la que se habia echado una cacerina en forma de bandolera, — á la extremidad superior de una silla tan alta que mas podia pasar por colgado que por montado. La silla en que montaba el jinete estaba fijada por medio de una cincha sobre el lomo de una yegua flamenca con el hocico al aire como un camello; parecia tener cubiertas las patas, por la parte de abajo, de un manojo de esparto por lo muy peludas que las tenia, rematando

despues en una uña del casco tan particular, que parecia calzada con cuatro almagrañas. Tal era el contraste entre el animal y el ginete, que si los que pasaban y le veian por casualidad se admiraban de que este hubiera podido montar aquel, sus amigos recelaban del peligro que corria, cuando tratara de apearse; porque los pies del caballero no pasaban de la guarnicion de la silla. Habia estado observando la salida de Smith, con el designio de reunirse con él, pues pensaba Proudful que los valientes se manifestaban mejor cuando estaban juntos, y él se alegró mucho, cuando un chocarrero de la clase baja al verlos juntos, conservó bastante serenidad para exclamar sin reirse: — Allá van los valientes de Perth, la gloria de Perth, el valeroso Smith y él intrépido gorrero, y luego guiñaba el ojo á otros galopines como él, signo que ya era bien expresivo entre ellos.

Como el fabricante de casquetes no veia este *à parte*, le tiró una moneda de plata para esforzarle mas al aplauso de los hombres belicosos. Este acto de liberalidad atrajo un tropel de muchachos que reian á carcajadas y gritaban

desenfrenadamente, hasta que volviéndose Smith al mas cercano le amenazó con el látigo, con lo que luego callaron todos y se dispersaron.

— Aquí estamos ya los tres testigos, pero faltan los que deben apoyarnos, dijo el hombrecillo luego que llegó junto á Simón Glover, ¡Ay, hermano Enrique! prosiguió, la autoridad es una carga mejor para un borrico leudo que para el caballo corredor, solo seria buena para entorpecer los movimientos de los jóvenes como vm. y como yo.

— Me alegrara, digno maestro Proudful, respondió el armero, le tocase á vm. una buena porcion de ese peso, y que pudiera tenerse firme á caballo, porque se tambalea vm. tanto que parece baila la giga sin necesitar los pies.

— Sí, sí; ya me afirmo en los estribos para evitar el choque, mi yegua tiene muy mal trote; me ha llevado por montes y barrancos; pero siempre me ha sacado bien de todo, en ocasiones que no eran sin peligro; así es que no dejaré jamas á mi Jezabel; la llamo Jezabel porque así se llamaba la princesa de Castilla.

— Supongo que vm. quiere decir Isabel.

— Sí, sí, Isabel ó Jezabel todo viene á ser lo mismo como vm. sabe : pero ya llega por fin el bailio Craigdallie con ese pobre hombre, ese gallina de boticario. Traen consigo dos guardas de la ciudad con sus partesanas, sin duda para guardar sus preciosas vidas. Detesto de corazón á ese rastroero Dwining.

— Cuidado, maestro, no lo oiga, porque debo asegurarle es mas temible esa osamenta viva, que veinte guapetones como vm.

— Vaya, vaya, Smith; vm. quiere reir á mi costa, dijo Olivier, pero bajando la voz se puso á mirar al boticario, como para registrar cual de los miembros ó cual de las facciones descarnadas de su macilento y extenuado rostro podia intimidarle; y como esta revista le tranquilizó, dijo con audacia: — ¡Sables y escudos! ni una docena como él podria infundirme miedo. ¿Qué podria él hacer á un hombre que tuviera el alma en sus carnes?

— Darle una dosis de sus drogas, dijo el armero con tono seco.

No tuvieron tiempo para decir mas; porque

tan pronto como llegó el bailio, les dijo se pusieran en marcha para Kinfauns, y él mismo les dió el ejemplo. La conversacion que comenzaron durante su camino, recayó sobre el recibimiento que tendrian del preboste, y el interés que tomaria probablemente en el asunto que pensaban proponerle. El guantero cada vez parecia mas abismado en sus reflexiones, y habló muchas veces de tal modo, que se debia pensar era su parecer dejarlo todo como antes, aunque no manifestó su modo de ver en lo que iban tratando; temeroso siempre de que su total silencio no hiciera sacar consecuencias poco favorables á su hija. Dwining era del mismo dictamen, pero habló con mas circunspeccion que lo habia hecho la mañana precedente.

— Despues de todo esto, dijo el bailio, cuando considero los muchos presentes que nuestra buena ciudad ha hecho al lor preboste, no puedo creer deje de interesarse con energia en este asunto. Mas de una barca, llena de botellas de buen Burdeos, ha remontado el Tay para dejar su carga en Kinfauns. Yo soy el que

mas puede saber y decir de esto ; pues que yo mismo he sido quien ha hecho la importacion. Yo tambien , dijo Dwining con su voz en tiple destemplado, pudiera decir bastante de almibares exquisitos, confecciones delicadas , tortas y bollos de toda especie, y aun de pilones enteros de azucar que han salido de nuestros muros para un festin de boda , de bautismo ú alguna otra tal solemnidad. Pero ¡ ay , señor bailío ! el vino se bebió , las conservas se comieron , y el regalo se olvida luego que pasa el sabor del paladar. ¡ Ay , amigo ! el presente que se le hizo en razon de aguinaldo la Navidad pasada , escapó de la memoria como desaparecieron de nuestra vista las nieves del año pasado.

— Pero tambien se le han enviado guantes llenos de piezas de oro , dijo el magistrado.

— Yo que los hice debo saberlo , dijo Simon Glover , que mezclaba siempre lo que podia recordar su profesion con toda idea que se le ocurría. Había entre ellos un par de guantes de caza de halcon para milady , es verdad que eran un poco anchos , pero no le desagradaron

á Su Señoria , luego que supo de lo que debían forrarse.

— Muy bien , dijo el bailío , lo que yo digo es mucha verdad , si no existe todavía este presente , tiene la culpa el preboste y no la buena ciudad ; porque la forma en que se ha hecho no ha podido ni comerse ni beberse.

— Tambien podria yo hablar de una buena armadura , dijo Enrique Smith ; pero , *cogan na schie** : como dice Juan el montañés. Por lo que me pueda tocar hablar , soy de parecer que llenará sir Patricio Charteris todos sus deberes para con la ciudad en paz y en guerra , y no me parece del caso contar los presentes que le tiene hechos la ciudad hasta ver si ya se le olvidaron.

— Eso es lo mismo que yo digo , exclamó Proudpute desde lo alto de su yegua , los que somos de buen temple no contamos por no envilecernos el vino y las nueces que damos á un amigo como sir Patricio Charteris. Créanme

* Palabras gaélicas que significan : Paz ó guerra , poco cuidado se me da .

vms., un cazador tal como este caballero debe tener en mucho el privilegio de cazar en las tierras de la ciudad, derecho que no se concede jamás, no siendo á Su Magestad, ni á noble ni pechero, y cuyo goce solamente le tiene nuestro preboste.

Oyéronse á ese tiempo cerca de allí: — *So so — waw waw — haw*, que son las voces de los cazadores para llamar al halcon.

— Ahí tiene vm., dijo Enrique, un tunante, que ni es rey ni preboste segun su traza, y usa del privilegio de los tales señores.

— Sí, como soy, ya le veo, dijo con viveza el gorrero, pensando podría esta circunstancia serle favorable para ganar reputacion. Vamos á él, bravo Smith, piquemos antes que se marche, y preguntémosle con qué privilegio caza en tierras de la ciudad.

— Vamos allá, dijo Enrique, y su compañero espoleando la yegua se adelantó persuadido le seguia Smith bien de cerca: pero Craigdallie tomó por la brida el caballo del armero, diciéndole: — Quédate atrás escoltando el estandarte, y veamos qué partido saca nuestro

valeroso compañero; si le dan un buen coscorron, le tendremos algo mas tranquilo todo el dia.

— Por lo que yo veo, dijo Enrique, así le sucederá; el tunante se detiene y nos mira con la mayor insolencia, como si tuviera el mejor derecho del mundo para cazar en esta tierra. Por el caballo que monta, su gorro de hierro mohoso con la pluma de gallo y el sable de dos manos, parece estar al servicio de algun lor del sur; tiene toda la traza de uno de los que moran cerca de Inglaterra, con la coraza siempre al pecho, y cuyas manos andan muy sueltas, y los dedos en forma de garra dispuestos al pillage.

En tanto que así discurría sobre lo que produciría tal encuentro, el valiente gorrero comenzó á retener el paso de su Jezabel, con el fin de que Smith, á quien suponía detrás, tuviera tiempo de alcanzarle, y adelantarse despues el primero, ó al menos ponerse á su lado: pero cuando le vió á trescientos pasos de distancia, y parado con los otros compañeros, comenzó á sentir calofrios de miedo, á vista

del peligro á que su genio aventurero podia exponerle : sosegándose sin embargo por lo cerca que de él estaban sus amigos, con la esperanza de que su número aterraria ciertamente al cazador furtivo , por estar solo ; vergonzoso de retirarse de una empresa de que voluntariamente se habia encargado , resistió á la fuerte tentacion que le asaltó de volver la grupa á Jezabel , y marchar á brida suelta donde sus compañeros estaban , y donde querria estar todavía . Avanzó muy bien hácia el extranjero , aumentándose su inquietud mucho mas , al ver que el cazador tambien se le aproximaba muy al trote ; y al observar este movimiento , volvió la cabeza mas de una vez por el hombro izquierdo , como para reconocer el terreno por donde debia marchar en retirada , y entre tanto hizo alto . Pero llegó el furibundo Filisteo antes que pudiese decidir el fabricante de gorras sobre batirse ú escapar . Tenia el tal Filisteo la mas mala facha , y todo él podia pasar por ente de muy mal agüero . Era muy alto con tres ó cuatro cicatrices y otros tantos costurones en la cara , y toda su tendencia manifestaba ser de

aquellos que ponen á los viageros la disyuntiva de , — ¡ la bolsa ó la vida !

Comenzó la conversacion este figuron en tono tan desagradable como sus miradas , y dijo en alta voz : — ¡ Lévente mil demonios , mono en cuclillas ! ¿ por qué vienes á lo largo de las lagunas espantándome la caza ?

— Digno extranjero , respondió nuestro amigo , como el que quiere reconvenir pacíficamente . Yo me llamo Olivier Proudpute , ciudadano de Perth y hombre respetable ; á corta distancia están como vm. ve el honorable Adán Craigdallie , bailío decano de la ciudad , con el valiente armero Smith y otros tres ó cuatro hombres todos armados , quienes desean saber como se llama vm. y por qué casualidad caza vm. en tierras de la ciudad . De mi parte puedo asegurarle así como á nombre de todos ellos , que no tratan de armar una pendencia por una trasgresion accidental ; pero acostumbran no conceder este permiso , sin que por lo menos se les pida , y.... y..... por esto quiero saber , digno extranjero , como se llama vm.

El aire de desprecio y ferocidad , con que

habia el mascarón mirado al pequeño Proud-
fute, le tenia muy turbado, y todo le habia he-
cho mudar el fondo y forma del discurso, de
toda otra especie, que si le hubiera guardado
la espalda Enrique Gow.

Respondió lo primero el extranjero al dis-
curso tan moderado, frunciendo el entrecejo
de modo que los costurones formaron un gesto
aun mas espantoso: — Quereis saber mi nom-
bre, pues me llamo Dick del Diablo de Hellgart,
bien conocido en el Annandale como un noble
de los Johnstones; yo soy uno de los de la co-
mitiva del laird de Wamphray que va en com-
pañía del temible lor Johnstone su pariente,
que sigue al poderoso conde de Douglas; y el
conde, el lor, el laird y yo su escudero echamos
á volar nuestros halcones en cualquier parte
donde hay caza, sin pedir á nadie licencia.

— Muy bien; yo cumpliré con su encargo,
respondió Proud fute en tono amistoso, porque
ya tenia gana de concluir la embajada temera-
ria de que se habia encargado; y volvió la bri-
da de su yegua, cuando el escudero añadió:
— Pero tome vm., señor Olivier Proud fute, no

quiero se me vaya con toda la lana, ni menos
se le olvide haber encontrado á Dick del Diablo,
de quien necesita vm. aprender á no meterse
otra vez en espantar la caza de un hombre que
lleva la espuela alada sobre el hombro.

Y al decir esto descargó un nublado de lati-
gazos encima del gorrero; y habiéndole tocado
algunos á Jezabel, comenzó á botes dando con
la basura en tierra, y comenzando despues á
galopar hácia los ciudadanos de Perth.

Gritaba el gorrero tendido á la larga en un
tono de voz no muy fuerte, pidiendo socorro,
y casi en el de un hombre que pide miseri-
córdia; porque luego que su antagonista le
vió por tierra, bajó del caballo, le puso á
la garganta la punta de un cuchillejo de caza,
al tiempo que con la otra mano le desocupaba
las faltriqueras, registró despues la caceri-
na, jurando se llevaria lo que hallara para
compensar lo que le habia impedido cazar.
Quitó de ella la bandolera con violencia, en
lugar de quitar la hebilla que la prendia, y
rompió la correa, lo que contribuyó á infundir
mas miedo al desdichado ciudadano de Perth.

Como no encontró nada en la cacerina que pudiese halagar su codicia, la tiró con desprecio, y dejando levantar al caído caballero, montó también él mismo en su jaca; y estuvo mirando á los compañeros del gorrero, que ya se dirigian hácia él.

Cuando su delegado cayó por tierra, lo celebraron y rieron, dispuestos ya para ello por las bravatas de Proudful, y por haber dicho Enrique Smith, que su Olivier encontró con un Rolando*; pero al ver que se inclinaba su adversario sobre él, y le trataba tan mal, el armero no pudo sufrir mas.

— Señor bailió, dijo, con licencia de vm. yo no puedo aguantar se haya tratado tan inicua-mente á uno de nuestros conciudadanos, que se le haya robado y tal vez asesinado á nuestros mismos ojos. Es una desgracia para nuestro Proudful, pero es una vergüenza para nuestra bella ciudad y para nosotros; yo voy á

* Rolando y Olivier eran dos caballeros de mucha fama. — « Encontrarse un Rolando con un Olivier » es un proverbio inglés que significa: Hallar con quien hablar: *Donde las dan las toman.* (N. D. T.)

socorrerle. Vamos todos allá, dijo Craigdallie, pero cuidado que nadie tire un solo golpe sin dar yo la orden; porque ya tenemos mas pendencias de las que podemos llevar bajo del brazo, y así mando á todos y en particular á tí, Enrique Gow, á nombre de la bella ciudad, que no te sirvas de las armas sino para defenderte.

Adelantáronse todos, y la vista de tanta gente armada ahuyentó del camino al ratero. Paróse sin embargo á cierta distancia, para mirarlos, como el lobo que aunque se retira á vista de los perros, no por eso puede resolverse á una completa huida.

Viendo Enrique las cosas en tal estado, picó su caballo y se adelantó al sitio de la escena del desastre de Olivier Proudful: lo primero que hizo fué parar á Jezabel tomándola por la brida; lo segundo llevarla donde su amo estaba, y este se adelantó hácia él, lleno todo de barro y ojilloroso en fuerza del dolor y la mortificación. Ofrecia un aspecto muy distinto del aire de importancia que se daba por su fachenda y ostentacion; por lo cual no pudo menos el armero de compadecerse del hom-

brecillo, y de sentirse algun tanto pesaroso de haberle dejado expuesto á este accidente. Pocos hay que no se complazcan en las chanzas pesadas; pero con la diferencia que un malvado goza sin remordimiento del gusto que halla en ellas, al paso mismo que un hombre de bien olvida muy pronto la parte ridícula para no emplearse sino en aliviar el dolor del paciente.

— Quiere vm. que le ayude á montar, vecino; dijo Smith echando pié á tierra, para volver á subir al gorrero casi como lo haria con un mono.

— Dios se lo perdone á vm. el no haber acudido á socorrerme, vecino Smith: no lo hubiera creído, aun deponiendo cincuenta testigos de toda confianza, y con juramento.

Estas fueron las primeras palabras pronunciadas con mas pena que cólera, por las que se quejó el pobre gorrero.

— El bailío detenia mi caballo por las bridas, y además, añadió Enrique con una ligera sonrisa que á pesar de su compasion se le escapó, yo creia me hubiera vm. reprendido el qui-

tarle una parte de la honra, viniendo á defenderle contra un hombre solo. Pero consuélase vm., el bribon se aprovechó de la terquedad de su caballo.

— Cierto, cierto; es verdad, dijo Proudful echando mano al momento de la excusa.

— Y ahora vea vm. como el gran canalla se complace del mal que hizo, y que triunfa de su caída como el rey de la novela, que tocaba el violin mientras ardía una ciudad*. — Ven conmigo y verás como le ponemos de vuelta y media, ven y no temas que yo te abandone por esta vez.

Diciendo esto, tomó la brida de Jezabel, y haciéndola galopar al lado de su caballo, sin darle tiempo á Olivier de decirle no le gustaba esta persecucion, fué hácia Dick del Diablo, que se habia parado en una loma, y no muy lejos. Sin embargo el noble Johnstone, ya porque pensó seria desigual el combate, ó porque le parecia bastante lo hecho para un solo día,

* Se habia puesto en novelas á toda la historia antigua, pues aquí se trata de Neron. (N. D. T.)

chasqueó los dedos, extendió el brazo como para echar bravatas, se metió por el pantano inmediato, donde parecía caminar como lo haria un pato, volteando al mismo tiempo el señuelo, y silbando al halcon, cosa que ningun caballo ni caballero hubiera practicado sin haber corrido el riesgo de sumergirse hasta las orejas.

— Ahí tiene vm. un verdadero salteador de lagunas, dijo el armero; ese gran pícaro combatirá ó se marchará segun le acomode; y es lo mismo perseguirle, que perseguir á un ganso silvestre. Sin duda le ha robado á vm. el bolsillo, porque nunca se va esa gente de vacío.

— Sí..... sí, dijo Proudfulute en un tono lastimero, me ha robado el bolsillo; pero no es del todo malo, que me ha dejado la cacerina.

— Sin duda; la cacerina hubiera sido para él un emblema de victoria, un trofeo, como dicen los trovadores.

— Hay en ella algo de mas importante, amigo, respondió el gorrero con mucha expresion.

— ¿Si? tanto mejor, vecino. Me gusta verle

á vm. volver á su tono magistral. Vamos, consuélase vm. por haber visto huir al bribon, y haber vuelto á ganar los trofeos perdidos cuando estaba vm. indefenso.

— ¡ Ah, Enrique Gow, Enrique Gow! exclamó el gorrero, dando un profundo suspiro, que más parecia gemido.

— ¿ Qué es eso? ¿ Qué mas tiene vm. que le incomoda?

— Sospecho, y con bastante razon, se puso el ladron en huida mas por miedo de vm. que de mi.

— No lo crea vm., él vió dos hombres y escapó; con que cómo puede saberse de cual huyó. Además de que ya sabia él era vm. vigoroso y agil; pues que tanto él como todos nosotros le vimos sacudir buenas patadas, cuando estaba vm. tendido por tierra.

— A la verdad, que no me acuerdo de eso, dijo Proudfulute; pero yo sé muy bien ser este mi fuerte. ¡ O! yo soy muy firme de riñones; ¿ pero lo han visto todos?

— Lo mismo que yo, respondió el armero ya sofocado de contener la risa.